

TEATRO NACIONAL, HOY

II

II parte. — Dijimos que el criterio es discutible. Más exactamente digamos que es un criterio que tiende a lo panfletario y a una óptica partidista para encarar la realidad. Pero es un criterio y tiene sus razones: se le puede respetar como tal, con una condición: que lo que se nos proporcione, sea teatro. Aquí está el quid de una discrepancia radical.

Cuando se presenta al público una obra, de cuyos defectos se declaran conocedores los dirigentes diciendo que a sus ojos se compensan porque se trata de una obra de circunstancias, están dando el salto con el cual se abandona el teatro para caer en el simple alegato. Eso es lo grave, el abandono de la función específica por una accidental, de circunstancias, donde se ha traicionado el teatro, y eso no lo justifica ni el más convincente alegato. No creo que estos mismos defensores de las circunstancias estén dispuestos a admitir, que, por ejemplo, en este año de propaganda electoral, los distintos conjuntos independientes estrenen obras nacionales de circunstancias destinadas a propagar las ideas de una determinada agrupación política o de un determinado candidato. O que muy bien financiado tengamos mañana un conjunto recorra el país difundiendo las "delicias" del régimen fascista, en una pieza de circunstancias.

Aunque el crítico discrepa radicalmente con tales proyectos, estaría dispuesto a respetarlos si sus ideas se vertieran a través de obras teatrales verdaderas, de mayor o menor entidad, pero teatro al fin. La cita de Shakespeare, de Ibsen, de Gorki y de Sánchez que hemos formulado al hablar de este problema del teatro político o social, sigue en pie; no para aconsejar que esperemos sentados la aparición de un Shakespeare que quizás nunca conquiste el país, sino para que los autores nuestros atiendan a la creación artística tanto como al panfleto. Muchos de los problemas circunstanciales planteados por esos autores, han perdido su vigencia e interés; pero si esas obras siguen siendo para nosotros paradigmas artísticos, es por su verdad humana y sus valores estéticos.

Se alega que teorizar es vano y que es necesario actuar. De acuerdo; lo importante es hacer teatro, cuando se lo orienta bien. Hay que estrenar obras nacionales, y eso hacen distintos grupos. Son muy conscientes de las limitaciones de los textos que presentan, cosa que explican por la pobreza general de los dramaturgos a su disposición, y no por pretendidas circunstancias ajenas al teatro. Y así se progresa. Que el zapatero sea capaz de hacer discursos electorales no prueba que progrese el negocio de la zapatería.

Obras como "Un domingo extraordinario" (C. Denis Molina), "La trastienda" (C. Maggi), "La piel de los otros" (J. Legido), revelan, al margen de todas las discrepancias habidas, un auténtico progreso en el desarrollo de nuestra dramaturgia en estos años. Esta es la causa del teatro auténtico que se está forjando lentamente, como ya dijimos, y que no coincide con la causa de las denuncias sensacionalistas y esquemáticas de los vicios nacionales. Son incluso obras que pueden rotularse bajo la insignia de "temas nacionales"; buscan un lenguaje hablado; tratan de plantear preocupaciones humanas accesibles, pero sobre todo aspiran a crear algunos personajes, a rodear algunas expresiones artísticas.

Dijimos, parafraseando un pensamiento de Luis Jouvet: "Compréndase que el teatro no es un megáfono para las críticas esquemáticas y simplistas, sino el recinto en que se traduce el vivir más auténtico de todos nosotros, y que por eso debería ser, y perdónese la palabra, casi sagrado". Lo seguimos pensando mal que les pese a quienes se acercan al teatro nacional, no con el amor y la devoción que exige el oficio al que nos consagramos, sino encarándolo subrepticamente como un instrumento al servicio de otros propósitos.

Ya se dijo hace mucho que se conocerá el árbol por sus frutos. Los frutos de esta tendencia panfletaria en materia de teatro nacional se nos aparecen como muy verdes todavía, mientras que en otros árboles de la familia teatral, menos escandalosos, más sinceros, ya se han recogido frutos bastante sazonados, que son los que cuentan para las futuras promociones.

Porque en verdad, cuando se habla aquí de un teatro de circunstancias, se está muy lejos de la insignia goetheana, según la cual todo arte es un arte de circunstancias. Porque para Goethe, como para todo artista cabal, la circunstancia es la incitación exterior que nos permite una comprensión más profunda de la vida y del mundo. Para la corriente teatral nuestra, la circunstancia es la explotación superficial de un vicio, de una injusticia, con el acompañamiento de redoble escandaloso, y a ello son sometidos los personajes, la situaciones, la unidad signifiante de la obra, el lenguaje. El autor, sólo atento a la exteriorización de la acción, termina desinteresándose de sus auténticos transmisores, y cuando acierta en el alegato fracasa en la obra misma.